

LA MAGIA DE LA NAVIDAD

Aunque se acercaba la Navidad, Nicolás se sentía infinitamente triste por primera vez en su vida. Una guerra azotaba a su país y su padre estaba en el frente.

Él, con su madre y otras personas que habían perdido todo en esta guerra sin sentido, como todas, malvivían en un refugio improvisado en una cueva cercana a su poblado. Las mujeres habían decorado varias estancias de la cueva con motivos navideños, pero, a pesar de todo, Nicolás seguía desanimado.

Lo que más le dolía no era ni el hambre ni el frío, sino la añoranza de estar con toda su familia. Echaba de menos las comodidades de su casa, jugar con sus amigos y los domingos de pesca con su padre.

La víspera de Navidad por la noche, cesaron los bombarderos que llevaban días azotando la zona. Nicolás salió del refugio un rato y al mirar al cielo vio miles de estrellas, pero entre ellas destacaba una enorme estrella fugaz de brillo incalculable que parecía acercarse hacia él. Cerró los ojos, y recordó las anteriores Navidades en casa de sus abuelos. Eran días de mucho ajetreo. La abuela y el padre de Nicolás preparaban la cena; todavía saboreaba el cordero asado que preparaba su padre. Después de la cena, todos se reunían en el salón a cantar villancicos. Se colocaban alrededor del piano que tocaba su tío, acompañado de su padre que tocaba la trompeta. Después los niños intentaban quedarse despiertos toda la noche esperando poder abrir sus regalos. Esta noche el regalo que esperaba no se podía comprar con dinero.

En ese momento su madre, acercándose a él, le dijo:

-Nicolás no pierdas la esperanza y menos ahora que llega la Navidad-

Él entonces, mirando a la estrella, deseó que todo volviera a ser como antes, y la estrella brilló con más fuerza.

Al día siguiente se despertó sobresaltado por el ruido que hicieron unos soldados que entraron en la cueva en la que descansaba. El susto desapareció cuando éstos dijeron que por fin había terminado la guerra.

Se tranquilizó y fue entonces cuando vio entrar a su padre con una enorme sonrisa, pues había encontrado por fin a Nicolás y a su mujer. Los tres se abrazaron llorando de emoción. Nicolás en ese momento pensó que todo se debía a la magia de la Navidad y comprendió que su madre tenía razón: "Nunca hay que perder la Esperanza". Desde entonces siempre tuvo claro que lo que hace feliz a la gente no siempre son las cosas materiales: uno es feliz valorando el cariño que le rodea.

Han pasado muchos años, y Nicolás sigue emocionándose al llegar la Navidad, mientras cuenta esta historia a sus hijos. Nunca olvidará el día que descubrió la magia de la Navidad.

Diego Cebas Lapeña

2º ESO B. IES Cardenal Sandoval y Rojas

4º Premio de Redacción de Navidad de Caja Círculo de BURGOS